

La ciudad que late en la no-ciudad

Salvador Moreno Peralta. Arquitecto



A nadie le resulta fácil comprender la verdadera mutación que se ha producido en la ciudad, una vez cumplida la hipótesis anunciada por Lefèvbre de una sociedad conceptualmente urbanizada, dispersa hoy en una post-metrópolis inabarcable, un ectoplasma cada vez más indiferenciado y ubicuo que, al desbordar la finitud, hace que sea materialmente irrepresentable, intelectualmente inconcebible y, en muchos casos, políticamente ingobernable. Todavía en los ochenta podíamos saber dónde estaban los límites de la mayoría de nuestras ciudades. Pero, ¿podríamos decir dónde empiezan y dónde terminan hoy la mayoría de ellas? Surge entonces la pregunta: ¿qué sentido tiene hoy el concepto de ciudadanía cuando su referencia territorial no puede ser abarcada ni física ni intelectualmente?, ¿qué papel puede jugar el ciudadano-actor cuando el escenario se le desvanece en el infinito? Si las políticas urbanísticas y económicas están íntimamente interrelacionadas, ¿cómo podemos hacer una adecuada planificación económica sobre referencias locales difusas, desflecadas, fantasmagóricas, incomprensibles? Y éste era el momento en que nos aparece en escena el óbito que nos faltaba.

Tras la muerte de Dios nietzscheana, la muerte del Arte a partir de su deshumanización, la muerte de Marx y el fin de la Historia de Fukuyama, ya sólo nos quedaba el fin de la ciudad para completar el glorioso obituario de un siglo —el XX— que no ha tenido empacho en arro-

garse el mérito de haber acabado con tantas cosas. En esta globalizada liquidación por derribo, como escribía, plena de lucidez, Françoise Choay, la hipertrofia de lo urbano parece haber acabado, paradójicamente, con la ciudad, hasta el punto de que ya no nos dejan llamarla por su nombre, sino por su negación: la *anti-ciudad*, la *no-ciudad*, la *post-ciudad*, el compendio fantasmal de esos *no lugares* que hoy articulan la inquietante inconcreción de lo urbano. Se mire como se mire, resulta de una extremada arrogancia certificar como no-ciudad la ciudad que no se entiende, como si el astrónomo acabara rompiendo el telescopio al no poder abarcar la inmensidad de los espacios siderales. De acuerdo, llamemos a este territorio surgido de la globalización y de la nueva economía *no-ciudad*, pero esta designación no debe ser una conclusión apocalíptica, sino la invocación urgente a contemplar y considerar los fenómenos urbanos de hoy día de otra manera, con otras actitudes, desde una visión poliédrica de la realidad, desde ángulos que recorran los velos de las ideologías, de los prejuicios y las nostalgias, para poder reencontrar esa nueva ciudad que vive, se esconde y se agazapa tras la *no-ciudad*.

La eclosión planetaria de lo urbano es un fenómeno que, si bien es general, presenta sus connotaciones propias en cada región del planeta según el lugar y el papel que éstas jueguen en el mapa de la globalización económica y en el

marco de la nueva economía del conocimiento, provocada por la revolución de las tecnologías de la información y la comunicación (TICs), que es como una atmósfera que se respira, siendo, en cualquiera de los casos, imposible hurtarse a ella.

Pero hay otro ingrediente sin el cual no sería posible entender las claves de los fenómenos urbanos de hoy e incluso las pautas del pensamiento contemporáneo. Probablemente fue la caída del muro de Berlín lo que nos obligó a despejar de nuestras mentes los hábitos analíticos de un mundo dividido en bloques, un mundo dual en el que la evolución del pensamiento y la historia seguía un rumbo lineal como superación de una dialéctica de contrarios. Pero la realidad, la historia ya no es unívoca, ni siquiera cíclica, a la manera como la entendían Spengler y Toynbee, sino amalgama, yuxtaposición y coexistencia, de ahí que la historia haya dejado por siempre de ser ese texto lineal escrito —“naturalmente”— por el Primer Mundo, para ser, por fuerza, una historia compartida. Como escribía el profesor Daniel Inerarity, “el mundo es ya un conjunto de destinos entrecruzados, de espacios que se solapan, una implicación involuntaria de la que resultan vecindades insólitas y espacios donde se juega un destino común”. La globalización económica sólo ha venido a verificar este aserto y si, a pesar de ello, se produce una mezcla explosiva de civilizaciones, es porque la unificación que ha tenido lugar en los



ámbitos tecnológicos, económicos, incluso en el de los estilos de vida, no ha ido paralela a su articulación política y jurídica.

El contraste que hoy se da entre una realidad "real" y otra virtual, que hemos llamado "espacio de los flujos", ha provocado un cambio en la geografía productiva del planeta: a nivel global, los conceptos de centro y periferia ya no son de base geográfica, sino en razón de su conectividad con ese ciberespacio. Pero, contrariamente a esta sensación de ubicuidad e indiferencia a la que parece arrastrarnos la virtualidad de éste, el lugar geográfico tiene en la nueva economía más importancia que nunca: por ejemplo, lo que determina precisamente el emplazamiento de las nuevas empresas en la economía del conocimiento son las preferencias de ubicación de los profesionales altamente cualificados, como señala el arquitecto Carlos García Vázquez. La geografía de los lugares fuertes en la nueva economía es la de aquellos donde pueden darse simultáneamente las tres funciones básicas de los seres humanos, al menos, de los que no viven en la lacerante realidad del Tercer Mundo: la residencia, el ocio y el trabajo (funciones que en el urbanismo tradicional se desarrollaban en espacios segregados), siempre que en ellos se dé el factor aglomerante de sus ingredientes, esto es, esa capacidad de satisfacer el mayor número de exigencias ciudadanas, y de la mejor manera posible, que hemos dado en llamar calidad de vida. Los sitios privilegiados de la

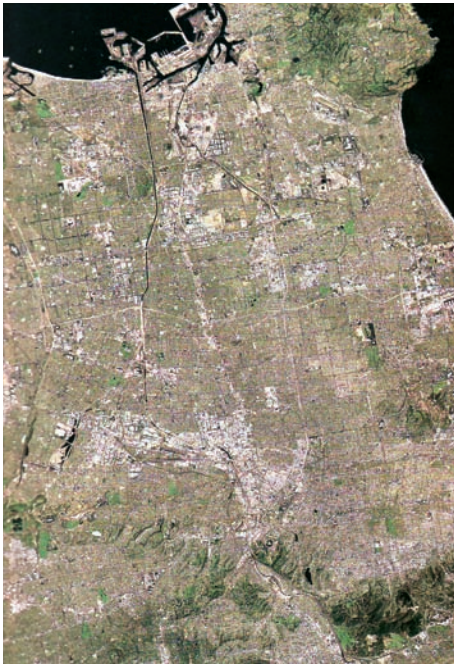
nueva economía son aquellos que aúnan clima, infraestructuras, facilidad de transporte, máxima capacidad de intercambio modal, acceso a la red, *hinterland* cultural, centro universitario, calidad del servicio y preexistencia en el entorno de núcleos urbanos que aporten factores de identidad, proximidad y capacidad de referencia a lo local.

La suma de los fenómenos anteriores ha dado como resultado la explosión y centrifugación de las opciones de residencia por el territorio en conjuntos de baja densidad y alto consumo de suelo. Ya no importa tanto vivir cerca del lugar de trabajo, porque se puede trabajar donde se vive. Nace lo que Robert Fishman llama el "tecnoburbio", por contraposición al suburbio. El principio fundamental en la estructura de estos tecnoburbios es la articulación de trabajo y residencia. El suburbio (típico producto de la especialización funcional de la era post-industrial) había separado estos conceptos en entornos distintos y su lógica era la de sus movimientos pendulares masivos, en que los trabajadores de la periferia viajaban cada mañana a un núcleo central único y después volvían a dispersarse cada tarde. Según Fishman, los límites de los tecnoburbios están definidos por los desplazamientos que los habitantes pueden alcanzar cómodamente en sus coches. "El centro auténtico de esta ciudad nueva no está en algún distrito de negocios en el centro de la ciudad, sino en cada unidad residencial. Desde



Pag. anterior: los "terrains vagues" (fotografía de Sergio Belinchón)

Arriba: Mac Donald's y el gótico: símbolos identitarios de las "Aldeas Globales" de la Historia
"Melting-pot" comercial en Benalmádena, Málaga
Barrio multiétnico en Clichy, París



ese punto de partida central, los miembros de la familia crean su propia ciudad a partir de la multitud de destinos que están dentro de una adecuada distancia en coche." Puede ser perturbadora, pero no por ello deja de ser digna de estudio la idea de que uno no se mueve por la ciudad, sino que *crea* su propia ciudad y su propia centralidad al moverse, y que hay tantas

La ciudad inabarcable: Los Ángeles

Ciudades tematizadas de ficción: Parque de Ocio,

Plaza Mayor de Málaga

ciudades como modelos de cotidianeidad uno pueda fabricarse. (Pensemos, por ejemplo, en los aleatorios recorridos origen-destino que pueden darse cada día en cualquiera de nuestras áreas metropolitanas.)

Todo esto da lugar a una multiplicación insospechada, tanto de la escala y tipología de los flujos de movilidad, como de las formas de habitar el territorio. El geógrafo Francesc Muñoz llama "territoriantes" a este tipo de nueva población que habita fragmentos de territorio de forma cotidiana: "territoriantes entre lugares", más que habitantes *en o de* un lugar. Y es esta nueva forma de habitar el territorio la que ha producido como consecuencia la aparición de esos artefactos urbanos que llamamos "contenedores", esos *espacios del anonimato*, así definidos por Marc Augé, especie de islas dedicadas a la producción y al consumo que marcan, pautan y jalonan una geografía de objetos cuya lógica, dice Muñoz, no es ya la del lugar, sino la del propio contenedor y la movilidad que generan: aeropuertos, centros comerciales, hipermercados, grandes almacenes, áreas de autopista, etc. Los expertos no están dispuestos a concederles carta de naturaleza cívica a estos lugares, dando por hecho su esencial ausencia de identidad. Por muy lúcidos que sean, no pueden evitar la moralina que desprende su arraigo en el pensamiento único del pasado siglo. De estos lugares se reprueba la despersonalización de su iconografía, la similitud de su mensaje. Pero, ¿es que alguien piensa que la intención era otra? Esa homogeneización encierra *un código de señales universales* para la identificación en el espacio global. Que nadie se escandalice demasiado, pero, desde el punto de vista semántico, los dos arcos parabólicos que componen la gran "M" de McDonald's cumplen parecidas funciones a las del arco de medio punto románico en el Camino de Santiago o del arco gótico ojival en la "globalización" de la baja Edad Media.

Y entremedio, espacios inconcretos, inclasificables, *terrains vagues*, urbanización sin ciudad, espacios a la espera pirandelliana de una identidad. Y bien, ¿quién ha dicho que no la tengan? En todo caso, si no la tienen es porque este paisaje es el testimonio de una claudicación disciplinar y pedagógica de la arquitectura y del urbanismo. De la arquitectura, porque la innovación arquitectónica ha quedado reservada para esa geografía de artefactos de autor (amebas de vinilo, torres de faralaes retorcidas y choques de trenes de titanio), pero no ha sido capaz de encontrar el correlato formal de la hipertecnificación de nuestra vida doméstica y cotidiana, que se enmascara con estilos del pasado. La arquitectura ha claudicado de su misión de formalizar el espacio de la vida doméstica de nuestro tiempo. Y claudicación del urbanismo porque, si bien ha sabido analizar minuciosamente la repercusión de los avances tecnológicos en las formas de vida habituales — la velocidad, las comunicaciones, el movimiento... —, luego no ha sido capaz de incorporar el problema a la solución si no es bajo la forma del rechazo: si los desplazamientos, tanto en transporte colectivo como individual, forman parte de la definición espacial de nuestra cotidianeidad, y temporal, en la medida en que consumimos en ellos buena parte de nuestro tiempo, ¿por qué no incluir al automóvil en el concepto del hábitat y no como un instrumento circunstancial y externo?, ¿por qué no puede ser considerado el coche como una extensión móvil del "refugio" residencial? Y del urbanismo también, porque a los anhelos de ciudad, de centralidad, de contacto, de relación directa, de espacio real de convivencia que emerge bajo el espacio de los flujos, sólo sabe responder con lo que Paul Goldberger llama "espacios urbanoides", ciudades de ficción, como los tematizados centros históricos de nuestras capitales, las comunidades hiperreales del *new*

urbanism americano y su correlato español en las imposturas de los “pueblos mediterráneos” y las viviendas adosadas, esos tristes retales de paraíso en los que se acoplan las tendencias del mercado con la sublimación de los deseos de la clase media (y algunos de sus fantasmas).

En mi opinión, la condición de ciudadano exige la existencia de un centro. Pero por centro hemos de entender lo esencialmente diverso de esa palabra —es decir, lo que de *civitas* contiene la *urbs*—, no la extrapolación mimética de una historicidad de cartón piedra, sino la búsqueda desprejuiciada de los valores ocultos, reales o potenciales, que cada parte de la ciudad atesora, para transformarlos de su existencia virtual en verdaderos “activos” urbanos. Por centro entendemos la forma de encontrar un modo de hacer nuestros los *terrains vagues*, los no-lugares, los espacios muertos o difusos, ausentes de vínculos identitarios, quizás porque no seamos capaces de encontrarlos o de reconocerlos. Por centro hemos de entender la posibilidad de ver *cosmos* en lo que, desde la ignorancia, hemos certificado como *caos*. Por centro entendemos, en definitiva, la ardua tarea de ver la ciudad con los nuevos ojos que la realidad requiere, y no desde la nostalgia por otra ciudad, “la de siempre”, aferrada a nuestro genoma urbano con la fuerza del mito, aunque, probablemente, no la hayamos vivido jamás.

La realidad configura un estado de cosas ambivalente, fluctuante y paradójico que, a su vez, obliga a una forma paradójica de pensar, como reclama Baudrillard. Pero eso es muy difícil, porque sabemos movernos en la dialéctica de lo *uno* o lo *otro*, pero no sabemos movernos en la ambivalencia de lo *uno* y lo *otro*. Como hemos visto, vivimos en una realidad que es doble: el espacio de los flujos y el espacio de las cosas materiales, el mundo y su doble, realidad virtual y realidad real, aunque mejor habríamos de decir dos facetas de una misma realidad en la que

Construction Photo
Kulim High Tech Park



Side View
Phase 4A, 1st semi-detached houses



indefectiblemente está concernida la existencia humana. Por muy lúcidos que sean los análisis sobre esta realidad, nunca conseguimos superar ese punto de vista —cargado de antigua ideología— que ve estas dos facetas como términos en conflicto, y no simultáneos. Seguimos, como antaño, aplicando la dialéctica de contrarios, pero ni el simplificado lenguaje del ciberespacio va a acabar con la complejidad figurativa de los lenguajes naturales, ni la inteligencia artificial va a acabar con la inteligencia... ni la post-ciudad va a acabar con la ciudad.

Tal vez la clave de todo pudiera estar precisamente en la utilización de ese prefijo erróneo, como ha señalado Bernardo Secchi; llamar a la ciudad de hoy *post-moderna* o *post-ciudad* es negar la posibilidad misma de una epistemología urbana del presente, de unos valores y unas características propias cuya comprensión es la condición previa para poder empezar a plantearnos propuestas y soluciones. “La ciudad contemporánea, que estamos experimentando en la actualidad, *adelanta algo* y puede ser entendida sólo si se interpretan sus características anticipadoras, más que sus relaciones de continuidad u oposición con el pasado.” *Estamos en el principio de algo*, y no en *el final de algo*. Para verificar esa esperanzadora intuición, lo mejor es adoptar el sosiego del *flâneur*, abrir los poros como el que contempla una ciudad por vez primera, lanzarse a la calle con el optimismo de las horas tempranas y hacerse la oportuna pregunta de Rem Koolhaas: “¿Y si declaramos simplemente que no hay crisis y redefinimos nuestra relación con la ciudad no como sus constructores sino como sus meros sujetos, como sus partidarios?”.

Tipologías residenciales ultraconservadoras en el Parque Científico de Kulim Hi-Tech, Malasia
Jugando al ajedrez en la vorágine urbana de la Yonge St. de Toronto